

El error más grave. ¿O no?



A menudo me preguntan cuáles fueron los errores más graves en que incurri durante mi gestión presidencial. Yo suelo contestar que en un gobierno de transición, en el que había que luchar contra tantos inconvenientes, prácticamente sin flancos cubiertos, era necesario hacer unas diez apuestas por día. Si acertábamos siete me podía dar por satisfecho. En consecuencia, se podían anotar, con ese cálculo no más, no menos de tres errores diarios.

También me suelen preguntar qué es lo que no supe, lo que no pude y lo que no quise. Yo respondo que quien haya sido presidente en cualquier país y al término de su mandato afirme que supo hacer todo, es un vanidoso; sostenga que pudo hacer todo, es un jactancioso y declare que quiso hacer todo lo que hizo es un mentiroso, porque, por ejemplo, no se pueden querer, simultáneamente, objetivos que son contrarios entre sí.

Pero para satisfacer la inquietud del interlocutor, a veces agrego algunos ejemplos y señalo que no supe organizar una campaña suficientemente importante como para obtener del Congreso las leyes complementarias del Plan Austral, o acelerar el traslado de la Capital, entre otras falencias; que no quise aplicar el plan de ajuste ortodoxo que proponía el Fondo Monetario Internacional, entre otras negativas; y, finalmente, entre otras incapacidades, que no pude construir un poder político democrático que fuera más fuerte que los factores de poder.

Es sobre este último punto que me parece oportuno hacer algunas reflexiones.

Cree—y creo— que, en un período de crisis aguda, la única manera de lograr atender los requerimientos de la justicia social con participación, una ética de la solidaridad y modernización, era mediante una convergencia política y una concertación social, de modo de construir una suficiente base de sustentación.

En esta tarea nos pusimos desde el primer día de gobierno.

En cuanto a la convergencia política, pretendíamos que todos sumaran su aporte para delinear los marcos éticos, políticos y organizativos del futuro. Pensábamos—y pensamos— que ya había terminado la etapa de las convicciones dogmáticas absolutas y de los historicismos mecanicistas. Sabíamos que el futuro no estaba predeterminado, pero también sabíamos que no era un papel en blanco donde se podía diseñar exclusivamente nuestra voluntad. Sin renegar del pasado, pero sin esclavizarnos a él, podíamos, en pluralidad de ideas y de propuestas, pero en comunidad de objetivos y en accionar conjunto, encontrar el método correcto para construir el futuro a través de una transformación racional y eficaz.

En cuanto a la concertación social, la suponíamos insustituible para impulsar los cambios necesarios tendientes a concretar una sociedad moderna, participativa y solidaria, porque había quedado demostrado que no alcanzaban las pequeñas y dificultosas reformas, y que era una ilusión suponer que con correcciones mínimas se podía cambiar el rumbo de una sociedad empujada permanentemente a la decadencia. Debían convencerse los empresarios de que resultaba conveniente para todos lograr una mejor distribución de los ingresos y la riqueza, así como los trabajadores comprender de una vez por todas que la pretensión de obtener mejoras por encima de las posibilidades económicas, se vuelca rápidamente en su contra.

Estas eran las ideas. Estas las acciones que queríamos poner en práctica.

Nuestro país debía emerger de la crisis con vigor y este vigor se encontraría en la decisión y la voluntad de toda la sociedad. Debíamos aprender a unirnos y a sumar el trabajo de cada uno con el del otro para crear la transformación y lo nuevo.

¿Pero correspondía en verdad suponer que el Partido Justicialista aceptaría una política de convergencia, teniendo en cuenta su vieja pretensión hegemónica y el hecho de que considerara el gobierno del radicalismo casi como una usurpación y buscara afanosamente el poder basándose en nuestro fracaso?

¿Era además razonable pensar que sectores empresariales acostumbrados a las rutinas de un capitalismo sin riesgo y dirigentes sindicales empeñados en favorecer por cualquier medio al partido de la oposición, iban a brindarse generosamente para la solución de problemas que justificaban su accionar social o servían a sus designios?

Con bastante solidez, podría acusarse de haber basado mi estrategia para poner en marcha nada menos que la reconstrucción nacional y los postulados esenciales de un Estado de Bienestar, en una quimera, en un sueño, en una ilusión.

Y éste sería, entonces, el grande, total y definitivo error de mi gobierno.

Los intentos fueron permanentes. En el tema sindical, después del fracaso de la reforma de la Ley de Asociaciones Profesionales, hasta incorporamos dirigentes al Gobierno, pero si bien disminuyó la conflictividad, no se afianzó una vocación de concertación.

¿Fue éste otro error, consecuencia del primero? Puede ser, pero aún no lo logro admitirlo absolutamente.

Pronto advertí que el obstáculo principal era la naturaleza del sistema institucional del país. El presidencialismo, en efecto, genera comportamientos contrarios a la necesaria convivencia democrática; impulsa a la oposición a utilizar técnicas para la reconquista del poder que en definitiva conspiran contra la eficacia de la acción del gobierno.

Con la ayuda inestimable del Consejo para la Consolidación de la Democracia, comenzamos una tarea seria y responsable con el propósito de modificar la Constitución Nacional y avanzamos en una discusión fecunda con el entonces presidente del justicialismo, doctor Caffero, pero, finalmente, se frustró la posibilidad.

Así fracasaba la idea de construir un poder político democrático fuerte.

¿Fue un error intentarlo?

Por lo menos así lo entendió, me parece, el actual gobierno. Seguramente vio cómo nos abuchearon en el predio de la Sociedad Rural, cómo nos dieron la espalda sectores empresarios y cómo terminó arrinconándonos la banca acreedora y decidió no insistir en la idea de la construcción de un poder político sino, por el contrario, avanzar en una alianza semi-corporativa con la derecha.

Pero las corporaciones no regalan el poder. Lo prestan. Y así se cambian las reglas de la política por el juego de los intereses, que avivarán sin reparar en medios la confrontación entre oficialismo y oposición, como forma de obtener mayores cuotas de poder. La debilidad política del gobierno es la fortaleza de las corporaciones.

A mi juicio el gobierno comete el error de no extraer conclusiones de nuestra experiencia. Era necesario superar las equivocaciones y asumir los aciertos, pero ratificar el rumbo de la construcción del cambio democrático.

Contaba —y cuenta— con mejores posibilidades que nosotros: una oposición leal y un sindicalismo cercano.

El error no es haber creído en la necesidad de fortalecer el poder democrático. En todo caso radica en no haber sabido sortear los obstáculos que impidieron concretarlo.

Comparado con lo de hoy, estamos en la diferencia que va entre equivocarse en los medios y los fines. ¿Pero había en nuestro caso otra forma de actuar? ¿No habría que hablar de impedimentos, más que de errores, si se acepta que el objetivo es correcto?

Según creo, el gobierno ha equivocado el objetivo. Pero aún hay tiempo de cambiar. Seguramente las elecciones terminarán por dar la razón a quienes comienzan a advertirlo.